

tos y plazas bien fortificadas; condenados fueron á muerte los oficiales cuyas tropas se habían dejado vencer porque Verres no les pagaba su salario; perdiéronse ó se vendieron ignominiosamente escuadras enteras de utilidad suma para la defensa de las costas. Omitimos hablar de las violencias de que los infelices sicilianos no podían salvar á sus mujeres y á sus hijas.

Dejando aparte la grosera ignorancia de Mummio, nunca tuvieron los romanos un verdadero amor ni un gusto esclarecido á las artes. Hasta el mismo Ciceron creyó deber excusarse por la estimación que hace de las obras de pintura y de escultura. No obstante habían aprendido á su vez á apreciarlas á consecuencia de las enormes sumas que daban por ellas los aficionados, y del disgusto que manifestaban las ciudades griegas vencidas al ver cómo se las arrebataban de su recinto: por eso se acostumbraron á considerarlas como un glorioso trofeo en la ciudad y como un ornamento dentro de sus palacios. Cuando Pison era prócónsul en la Acaia (pasando en silencio las exacciones, los actos de tiranía y de libertinaje de que no pudieron sustraerse vírgenes ni matronas sino tirándose á los pozos), despojó á Bizancio de las numerosas estatuas que allí se habían conservado religiosamente en medio de los mayores peligros de la guerra contra Mitridates. No hubo templo ni bosque sagrado en la Grecia cuyos ornamentos y simulacros no se llevara consigo.

Sicilia, griega de todo punto, antigua residencia de poderosos soberanos, floreciente por su comercio y madre de artistas ilustres, era especialmente rica en obras maestras de los más insignes alumnos de las artes. Parecióle á Verres propicia coyuntura para proporcionarse la más magnífica galería. Ya había tenido la precaución de informarse antes de su llegada de las ciudades donde se hallaban los objetos de más estima; y despojó de ellos al país haciendo que se le adjudicasen por un precio que él mismo había fijado, y más frecuentemente por el fraude y la violencia.—Afirmó dice Ciceron, que en toda esa opulenta y antigua provincia, donde hay tantas ciudades, tantas familias, tantas riquezas, no existe un solo vaso de plata de Corinto ó de Delos, ni una piedra preciosa, ni una obra de marfil ó de oro, ni

una estatua de bronce, de mármol ó de otra materia, ni un cuadro sobre madera ó lienzo que no haya examinado con el fin de apropiarse cuanto era de su gusto. Protesta que esto no es por su parte una amplificación oratoria, ó un medio alegado para agravar la acusación, sino que explica los hechos con toda la exactitud de las palabras. Mucha parte de su acusación contra Verres versa sobre las obras de arte robadas por aquel prócónsul, y es de interesantísima lectura porque dá á conocer la multitud de aquellas obras maestras que pasaron de la isla despojada á la galería de Verres, como de los medios que puso en planta para hacerse dueño de ellas.

Habiendo reparado un día en una carta la señal de un magnífico sello, envió en busca del propietario, y exigió su anillo. Al dirigirse á Roma para solicitar la benevolencia del Senado, se propuso Antioco, hijo del rey de Siria, regalar á Júpiter Capitolino un candelabro digno por el trabajo y la riqueza del lugar á que estaba destinado y de la magnificencia del donador. Desembarcó el príncipe en Sicilia, y es convidado á cenar por Verres que ostenta en el salón del festín todos sus admirables vasos de plata y un lujo verdaderamente régio. Antioco, convida á su vez al pretor, y despliega á sus ojos la riquezas asiáticas que llevaba consigo, vasos, metales del mayor valor, una ancha copa de una sola piedra preciosa, un jarro con asa de oro. Verres se extasia á la vista de tan excelentes obras, y se deshace en elogios; luego de vuelta á su casa envía á rogar al rey que se los preste, solo durante el tiempo necesario para enseñárselos á sus plateros. Antioco satisface su deseo sin concebir la menor sospecha, y le confía hasta aquel magnífico candelabro que conservaba tan preciosamente. Pero cuando se trata de la restitución la dilata el pretor de uno á otro día, y acaba por pedirle descaradamente que le regale los objetos que le había prestado. Niégase el príncipe á ello y luego se decide á encomendarle que le devuelva solo el candelabro destinado al pueblo romano, reservándose todo lo demás; pero Verres bajo un frívolo pretexto le intima salir de la provincia antes de la noche.

Había en Segesto una Diana tan hermosa como venerada, de que se habían apoderado los

cartagineses en otro tiempo, y que había restituido á la ciudad Publio Escipion. Parecele bien á Verres, la pide y le es negada. Entonces los habitantes y los magistrados son blanco de sus vejaciones; estorba los mercados, y llega hasta el punto de reducirlos al hambre; escogiendo, pues, el menor entre los males, se resuelven á decirle que se lleve la estatua de la diosa. Se profesaba tal devoción aquella imagen que no hubo en Segesto hombre libre ni esclavo, ciudadano ni extranjero que se atreviera á tocarla. Verres mandó, pues, que acudieran del cabo Lilibeo obreros extranjeros que sin saber lo que era la trasportaron por un precio convenido. Imposible sería describir el furor de los hombres, los lamentos de las mujeres, que derramaban sobre ella odoríferos aceites, la cubrían con coronas y la escoltaron quemando perfumes hasta los límites de su territorio. Como no cesaran luego de quejarse los ciudadanos de que solo el pedestal en que estaba inscrito el nombre de P. Escipion hubiese quedado dentro de sus muros, Verres dió también orden de quitarlo.

Todavía consideraba toda la isla como más sagrada la Cérés de Enna, símbolo de la civilización esparcida por la agricultura, pues aquella comarca, según las tradiciones, había sido teatro de las aventuras de la diosa. No se libtó de la codicia del pretor su mármorea estatua, y se manifestaron los sicilianos más ofendidos por ello que lo que se habían manifestado hasta entonces por las expoliaciones, las contribuciones arbitrarias, los juicios iníquos, los adulterios y las violencias.

Aquel Verres osó sustituir una fiesta en honor suyo, á la que se celebraba en conmemoración de la toma de Siracusa por Metelo. ¡Infortunada Sicilia reducida á festejar á su vencedor ó á su devastador!

Por lo demás, lo que excitó particularmente la indignación en Roma, fué haberse atrevido á mandar azotar á un ciudadano romano. *Un ciudadano romano*, exclamaba Ciceron, *fué azotado, ¡Oh jueces! en el foro de Messina, sin que aquel infortunado hiciera oír en medio de los dolores y los golpes un solo gemido, ni mas expresiones que éstas: soy ciudadano romano.* Extremeciéronse todos de oír referir tan notable exceso, sin pensar en los millares de infelices

hacinados en los ergástulos, azotados hasta exhalar el último aliento, según el capricho de sus amos ó de sus carceleros; pero los esclavos no eran ciudadanos, eran solamente hombres.

A tanto se atrevió un pretor en el discurso de tres años á las mismas puertas de Roma. Nadie ignoraba sus criminales excesos, si bien tampoco nadie le acusaba. Cada año despachaba Berres á Roma dos buques cargados de botín, y se jactaba en alta voz de haber robado tanto, que ya era imposible condenarle. Ni aun se atrevían los sicilianos á solicitar directamente del Senado remedio de sus males. Reclamaron el apoyo de Ciceron, y hasta después de intentada la acusación, pretores y lictores amenazaban á los que llegaban á querellarse é impedían que depusieran los testigos. A pesar de estos obstáculos y aunque Verres fué sostenido por personajes de consideración, defendido por el famoso Hortensio y por la omnipotencia del oro, Ciceron osó tomar á su cargo acusarle. Cediendo á las instancias de los siracusanos y de los habitantes de Messina, fué á recoger testimonios, y presentó el acta de acusación, aun cuando Verres hizo cuanto pudo por retardar el juicio. Acreditó en las diversas fases del proceso toda su atronadora facundia. Con la esperanza de evitar las escandalosas revelaciones del foro, se apresuraron los senadores á condenar á Verres á destierro, y á restituir á los sicilianos 45.000,000 de sextercios; la mitad apenas de lo que había robado.

Pero los discursos de Ciceron circularon manuscritos, y han quedado como testimonio de los excesos de la aristocracia romana, y para justificar el odio que le profesaban las provincias. Por muy apoyado que se viera Ciceron, se debe tener en cuenta la franqueza con que reveló una porción de prevaricaciones, y quitó la máscara á los nobles que habían prestado auxilio á los delitos de Verres; entre otros á aquel Nerón que condenó á muerte á un padre culpable de haber defendido contra Verres el honor de su hija. Fué, pues, herida con el mismo golpe toda la nobleza, y se vió el peligro que había en dejar á los senadores en posesión de los juicios.

No había disimulado Ciceron al Senado que era necesario imponer á Verres un severo castigo, á fin de probar que no se dejaba dirigir

únicamente por el favor y por el manejo, y que sabía condenar á un hombre cargado de delitos. Hizo memoria de que P. Cátulo había dicho poco antes que los padres conscritos desempeñaban mal y con iniquidad las funciones judiciales; añadió que si las hubiera ejercido á satisfacción del pueblo romano, no se hubieran echado de menos los juicios tribunicios; recordó en fin, que habiendo manifestado el mismo Pompeyo, despues de haber sido nombrado cónsul, la intencion de restablecer la jurisdiccion de los tribunos, obtuvo unánimes aplausos. Pero este parecer no fué oído, y el partido democrático, de que era ídolo Pompeyo por sus victorias, su popularidad y su carácter, cobró nuevas fuerzas. En vez de imitar, en medio de sus triunfos, el fastuoso lujo que se veía ostentar á Lúculo y á otros generales y magistrados vueltos del Asia, afectaba Pompeyo, por el contrario, el desprecio por su manera de obrar, dejando á sus amigos enriquecerse y mostrar su insolencia. Vivamente interesado respecto de Atenas, dió 50 talentos para que se reconstruyese, é hizo distribuir un talento á cada uno de los filósofos de Rodas, donde se había detenido para oírlos discutir. Cuando se verificó la solemne apertura de su teatro, ofreció al pueblo el espectáculo de combates, en que los elefantes fueron concitados á la pelea, pereciendo además quinientos leones. Estos eran los infalibles medios que empleaba para granjearse la benevolencia del pueblo, que llegó hasta el extremo de interesarse por los disgustos que le causaban la mala conducta de su mujer Mutia, á la que por último repudió. Cuando restableció los comicios por tribus fué su nombre ensalzado hasta las nubes, lo cual devolvía al pueblo el derecho, que confunde muy á menudo con la libertad, el de poder venderla.

Sostenida desde este momento su mediania por los soldados, á quienes había conducido á la victoria, por los caballeros á causa de sus esperanzas, y por el pueblo deslumbrado con sus liberalidades, creyósele un genio, viendo todos en él un gigante. Apoyado en ellos, consiguió que la eleccion de los tribunos se devolviera al pueblo, y que los senadores hiciesen partícipes á los caballeros de los juicios civiles. Así se destruyó enteramente la obra de

Sila. Hasta la censura que había sido suspendida durante las guerras civiles fué restablecida, introduciendo la inspeccion de los nuevos censores la eliminacion de sesenta y cuatro senadores.

Fué por este tiempo cuando Porcio Caton tomó á su cargo el censurar su siglo, hacer revivir lo pasado y subsistir la ley á la humanidad. Descendia de Caton el Viejo, y tan severo como él se había empapado su patricia inflexibilidad en las estoicas doctrinas, tomadas de Antipatero de Tiro. Mostró en su infancia un carácter duro y obstinado, aprendia con dificultad pero conservaba siempre el recuerdo de lo que había una vez retenido ya. Cúpole la suerte de tener por maestro á Lapedon, que en lugar de responder con brutalidad á sus continuas preguntas, se tomaba el trabajo de ilustrarle con buenas razones. Yendo un día á casa de Sila, vió sacar de la morada del dictador las cabezas de los mas eminentes ciudadanos: preguntó á su maestro por qué no se atrevia nadie á dar muerte á semejante tirano; y habiéndole éste respondido, que era más odiado que temido: *¿Por qué, dijo, no me das una espada para libertar á la patria?*

Habiéndose presentado á Druso los embajadores de los aliados italianos, suplicaron á Caton, que vivía entonces con su tío, que intercediese cerca de él en su favor, pero no respondió. Insisten, y el mismo silencio. Amenázanle con arrojarle por la ventana, llegando hasta suspenderle en el aire. No por esto se intimida su firmeza, diciendo los embajadores: *Es una felicidad que no sea aún sino un niño, pues á no ser por esta circunstancia, nuestra demanda no sería ciertamente escuchada.*

Hizose con el tiempo uno de estos hombres cortados á la antigua, que ofrece la historia entre sus conciudadanos, de los que difieren en todo, como acontece con una antigua columna entre elegantes casitas. Amaba tanto á su hermano Cepion, que teniendo ya veinte años no había cenado nunca sin él, no había viajado ni se había paseado en la plaza pública sin tenerle por compañero. Estudiaba la elocuencia sin pensar en hacer ostencion de ella; y cuando se le decía que los ciudadanos censuraban su silencio, respondia: *Me basta con que no vituperen mi modo de vivir; y en otra ocasion;*

Empezaré á hablar cuando sepa decir cosas que merezcan no ser llamadas.

La pequeñez de las recriminaciones que se le hacian demuestra cuán superior era á la corrupcion general; tributóle testimonio de ello el pueblo en la época de los juegos florales, cuando aguardó para pedir un baile obsceno á que Caton se retirase. Aprovechóse de un pretexto el tribuno Clodio, hombre sin costumbres y que queria desterrar de Roma todo sentimiento honrado, para enviar á Caton á la isla de Chipre por ser el único ciudadano cuya integridad le incomodase. Tambien se decía proverbialmente: *No lo creería, aun cuando Caton lo dijera.*

Llamado á la cuestura, hizo una magistratura ilustre de un cargo que no había sido hasta entonces más que un título para engolfarse en dilapidaciones; satisfizo las deudas del tesoro con los particulares, si bien exigió asimismo hasta el último óbolo de las de los particulares con el tesoro. Habiendo encontrado el finiquito de lo entregado á los sicarios y á los espías dependientes de Sila, los denunció, obligándoles á restituir el dinero percibido por sus fechorías. Dejotaro, rey gálata, le ofreció considerables presentes para que aceptara la tutela de sus hijos; pero rehusó admitirla, y tampoco quiso que la aceptaran sus amigos. Imitando con ostencion los antiguos usos, iba á pié, mientras que su comitiva le seguía á caballo, y se acercaba tan pronto á uno como á otro para platicar familiarmente; velasele asimismo durante su pretura atravesar la plaza vestido con una simple túnica, con los piés desnudos como un esclavo, y tomar asiento en su tribunal de este modo. Dotado de una severidad implacable de continuo y donde quiera, no cesaba de reprender á las gentes hasta sobre las cosas de más mínima importancia.

Ciceron, que se queja más de una vez de su autoridad inflexible, que había adquirido la costumbre de explicarse como si hubiera vivido en la república de Platon, no en medio del populacho de Roma, hasta le puso en ridículo en su discurso en favor de Murena, pero despues de haberle oído Caton, se contentó con exclamar de este modo: *¡Aquí tenemos un cónsul bien bromista!*

Era asiduo al Senado y desempeñaba sus

funciones exactamente, sin descuidar por eso los asuntos de sus clientes. Para obtener el consulado no quiso entregarse á los amaños comunes en semejantes cosas, y se vió desairado. Ciceron le criticó por ello, reconviéndole de que cuando la república tenía tan gran necesidad de un hombre como él, no hubiera hecho bastantes esfuerzos para llegar á un puesto en que tan útilmente hubiera podido servirla.

Una vez encontró al salir de la ciudad á Metelo Nepote, hombre sin consideracion ninguna y vendido á Pompeyo; acudia á fin de obtener un cargo; inmediatamente retrocedió Caton para pedir el tribunado, y juró que se constituiria en acusador de todo el que soltara un dinero para comprar votos. De tal manera avergonzó á Clodio, que este hombre manchado de crímenes, salió de Roma. Como Ciceron le diera gracias por este servicio, le dijo: *Da gracias á la ciudad, puesto que yo obro en su interés solamente.*

No obstante tambien tenía su flaco; ofendido, viendo preferido á Metelo por la mujer con quien queria casarse, Caton le perseguia con sátiras virulentas. A fin de obligarle cedió á un amigo á su esposa Marcia y la volvió á tomar por suya luego que se hizo rica. De este modo eran entre los antiguos vacilantes las virtudes, y no brillaban sino á chispazos. Aun cuando su manía en favor de lo pasado le cegara en punto á las mejoras de que era susceptible lo presente, y obstinándose en hacer retroceder á la humanidad que había progresado, logró detener por algun tiempo el movimiento que podia pervertirla.

Craso tenía un carácter diametralmente opuesto. Primeramente había seguido el partido de Mario; pero habiendo dado éste muerte á sus deudos, se consagró enteramente á Sila, á quien sirvió de utilidad suma; á pesar de todo miraba de reojo la predileccion que el dictador manifestaba á Pompeyo. Los bienes confiscados que había adquirido durante las proscripciones, elevaron su fortuna de 300 talentos que poseía, á 7.000 talentos (39.000.000); y segun su dicho para tener derecho de llamarse rico, se necesitaba poder mantener un ejército á su costa. Tenía en su casa quinientos arquitectos y albañiles esclavos; y en el momento de incendios ó demoliciones (muy frecuentes en aquella época

unos y otros) compraba los terrenos, edificaba sobre ellos y revendía. Alquilaba además á subido precio sus otros esclavos, como escritores, banqueros, ecónomos y cultivadores. Cuando vió que no podía rivalizar con Pompeyo en el ejercicio de la guerra, procuró conciliarse de otra manera amigos. Excelente orador se hallaba pronto siempre á defender todas las causas; y cuando Pompeyo, César y Ciceron guardaban silencio, se ponía en pié y tomaba la palabra. Poniendo así su elocuencia al servicio de todo el que necesitaba un abogado, se adhería multitud de personas. Contantemente estaba abierta su casa á sus amigos á quienes trataba con una frugalidad de buen gusto y una jovial cortesía. Si necesitaban sufragios para obtener los empleos les auxiliaba con su influencia; prestaba dinero sin interés alguno; pero en el día convenido exigía el pago con exactitud rigorosa.

Es verdad que al través del brillo con que estaba rodeado, se vislumbraba algo de mezquino y se advertía ser un advenedizo. Como le agradaba mucho la conversacion del griego Alejandro, le llevaba consigo al campo y le prestaba para el viaje un sombrero que le quitaba á la vuelta.

Sea como quiera se habia formado un partido poderoso en un país donde todo se vendía. Por adhesion le acompañaron muchos ciudadanos durante la guerra de los esclavos; y como no era constante amigo ni enemigo irreconciliable inclinaba la balanza al lado que se ponía.

Superaba con mucho á todos aquellos personajes Julio César, uno de los hombres más insignes de la antigüedad. Se vanagloriaba de descender de Venus y de Anco Marcio, de los dioses y de un rey, origen que le permitía aspirar sin temeridad á todo. Desordenado, audaz, amado de las mujeres, aficionado á aventuras, como todos los jóvenes patricios de su tiempo; más pródigo que todos ellos, vendía ó tomaba prestado para dar, para ganarse amigos. Tan lejos llevó esta prodigalidad, que antes de haber obtenido ningun empleo debia 1.300 talentos (7.000.000). Envolvía con afectado desaliño en su mal puesta toga. Padecía de los nervios; no obstante su flexible y vigorosa estatura, sus ojos de águila, su natural altanería, revelaban al hombre capaz de firmes resoluciones y de enérgicos actos. A la edad de diez y siete años

osó desobedecer á Sila, que le queria obligar á repudiar á su esposa; lo cual le valió ser proscripto por el dictador, que acabó por otorgar su indulto á las súplicas de la nobleza y de las mismas vestales, diciéndoles: *En ese mancebo columbro muchos Marios*. Su ejercitado punto de vista le hacia adivinar el golpe decisivo que César debia descargar sobre la aristocracia.

Ora desdeñase César el perdón, ora desconfiara de su sinceridad, es lo cierto que se refugió en Asia hasta que hubo pasado la tormenta. Habiendo caido en poder de los piratas, lejos de mostrarse lleno de susto, los maltrataba y los amenazaba, cual si fuera su caudillo, no su prisionero. Habian fijado su rescate en 20 talentos: *Eso es muy poco*, les dijo, *se os darán cincuenta; pero tan luego como me vea libre haré que seais crucificados*. Y cumplió su palabra.

De vuelta en Roma, se declaró adversario de los parciales de Sila. Entró en la carrera formulando una acusacion contra Cornelio Dolabella ex-gobernador de Macedome, personaje consular y triunfador, y le tachó de malversacion. Dalabella habia robado mucho para que le faltaran defensores. Q. Hortensio y C. Aurelio Cotta, oradores de los más célebres, le prestaron el apoyo de su palabra; pero los hombres instruidos admiraron el talento de aquel jóven, en quien una educacion esmerada habia desarrollado las felices cualidades con que la naturaleza le habia dotado espléndidamente. Aplaudía el pueblo el valor con que sostenia la causa de la justicia, y á los griegos oprimidos contra los magistrados romanos. De este modo se anunció desde entónces como defensor de la humanidad entera contra los que sustentaban la unidad privilegiada de Roma.

Encargado de informar más tarde contra los homicida, castigó á los sicarios de Sila, sin tener en consideracion las órdenes que del dictador habian recibido. Halló en él un protector todo oprimido. En tiempo de su cuestura ayudó á las colonias latinas á recuperar los derechos de que Sila les habia privado en parte. No se desdeñaba de fijar su atencion en los bárbaros y hasta en los esclavos; y si como edil ofreció en espectáculo al pueblo trescientas parejas de gladiadores, no le consintió la atroz satisfaccion de verlos espirar en el circo.

Aun cuando segun la antigua constitucion

las mujeres romanas, veneradas en la familia, no erañ nada en la ciudad, tributó públicos honores á su tia Julia, viuda de Mario, y á su mujer, Cornelia, y pronunció su elogio fúnebre en el foro. En suma, comenzó á entreabrir las insuperables barreras de la ciudad romana, que debian derribar en breve el imperio y el cristianismo, para dar allí entrada á la humanidad entera.

Cuando era edil mandó reparar la vía Appia casi enteramente á sus expensas; y á fin de que se pudieran ver cómodamente los juegos megalios, hizo construir un vasto teatro de madera con siete andanadas de asientos, lo cual, unido á la brillantez del espectáculo y á la cantidad de los gladiadores, le ganó el favor del pueblo. En los funerales de Julia se habia atrevido á poner de manifiesto la efigie de Mario. Viéndose luego apoyado por la plebe, mandó restaurar las estátuas y los trofeos del vencedor de los cimbro, que se encontraron una mañana dentro del Capitolio, de donde se habian quitado en tiempos de Sila. Admiraban los amigos de las artes lo bien rematado de sus obras; el pueblo lloraba de alegría; t mblaban los nobles, acusando á César de aspirar al mismo poder que Mario; y Cátulo clamaba en pleno Senado; *César ataca á la república, no por senderos ocultos y tortuosos, sino á cielo descubierta*. Ciceron decia: *Preveo en él un tirano; pero cuando le miro tan esmeradamente peinado, rascarse la cabeza con el dedo, no puedo persuadirme de que piense en derrocar la republica hombre semejante*.

CAPITULO XXXV.

Situacion de la Italia.—Catilina.

Conócense ya los principales personajes en cuyo rededor se movia un pueblo desgraciado. No permitian los funestos ejemplos de un poder ilimitado apreciar los encantos de una libertad recelosa; habian inspirado osadía á los soldados, y hecho de ellos instrumentos dóciles de jefes, que por espacio de años les habian guiado á la victoria. Habian concedido la guerra civil y las proscipciones, nuevos dueños á todos los campos, de tal manera, que la propiedad no se apoyaba ya más que en la injusticia y usurpacion. Introdujeron las expediciones al

Asia un lujo corruptor, que se sostuvo por la opresion de los pobres y el saqueo de las provincias. Obligaba á los nobles la venalidad de las magistraturas, á empeñarse con exceso para obtenerlas, dejándoles el artificio de indemnizarse como pudiesen en las provincias ó en los tribunales.

Entre tanto la plebe se habia acostumbrado, en el tiempo de tan prolongadas guerras, á la licencia, al lujo y al pillaje; cuando volvia cargada con botin prodigaba su dinero con la indolente profusion de personas que le han adquirido sin trabajo. Caida de nuevo en su primera indigencia, sentía aún más sus privaciones, envidiaba á los ricos, y aspiraba á nuevas guerras y turbulencias, incapaz como lo era de poseer y sufrir que otros poseyesen. Habia perdido su prestigio el gran nombre de Roma, que habia confundido patricios y plebeyos en la gloria comun, desde que Mario y Sila habian hecho pelear á los ciudadanos unos contra otros, y envenenado su enemistad con efusion de sangre, haciendo que no se mirasen como miembros de una misma república, sino como instrumento de un partido.

Habian producido las liberalidades de Sila hacer peligrosa é incierta toda posesion, y sus hechuras habian extendido las suyas, por sus confiscaciones, los procesos y el asesinato. Expulsados primero los italianos de los campos paternos, y reducidos despues por Sila á la última extremidad, mendigaban un asilo en medio de los dominios que habian poseido; andaban errantes por las montañas, tanto los pastores, que se habian ocultado con sus rebaños de sus amos, como los gladiadores fugitivos, dispuestos á vender caras sus vidas; los que tenían ménos fiereza de corazon, acudian á Roma para gozar del privilegio de vender su sufragio, y vivir con las distribuciones públicas dejando las campiñas sin habitantes. El país de los volcos, de donde hemos visto surgir tan numerosos ejércitos, estaba desierto en tiempo de Tito Livio; no se encontraba allí más que esclavos, y las guarniciones que sostenian los romanos. Lo mismo acontecia en el territorio de los ecuos, del Samnio, de la Lucania y del Brucio.

Y no se crea que la Italia fué vuelta á poblar por las colonias fundadas en tan gran nú-